

IDENTIDADES IMPUESTAS EN EL NORTE DE LA PATAGONIA
ARGENTINA (SIGLO XVIII)*

Lidia R. Nacuzzi
Universidad de Buenos Aires

INTRODUCCIÓN

Este trabajo tiene como objetivo presentar, de una manera muy sintética, viejos problemas y nuevos enfoques en las investigaciones etnohistóricas del norte de la Patagonia. Voy a referirme sólo a algunos de los grupos nativos de esa región, aquellos que habitaban el área de la desembocadura del río Negro en el momento de la fundación del Fuerte de Nuestra Señora del Carmen (1779). La cuestión que quiero abordar aquí es la de los rótulos étnicos que fueron el tema central de la Etnografía hasta comienzos de los '80. A partir de ese momento, fueron encarados nuevos temas en el estudio de las sociedades indígenas, aunque sin abandonar los rótulos aceptados hasta entonces.

Mostraré brevemente un estado de la cuestión y, luego, haré referencia a diferentes análisis que he desarrollado más extensamente en Nacuzzi 1996 y que me llevaron a proponer la categoría de *identidades impuestas* para los grupos en estudio del norte de la Patagonia. La adscripción que se les otorga

* El presente trabajo es una versión ampliada de la ponencia presentada a la Mesa Redonda de Antropología Histórica: "Resistencias, Identidades y Cambios Socio-Culturales en el Nuevo Mundo", realizada en la Casa de Velázquez (École des Hautes Études Hispaniques). Madrid, junio de 1997.

desde el Fuerte del Carmen por funcionarios coloniales a los diferentes grupos en presencia, se basa en “gentilicios” que ya existían, pero se adscribe a ellos a los diferentes grupos sin fundamentarlo demasiado y, además, no es seguro que se hayan usado los nombres que los grupos reconocían como propios.

Estas *identidades impuestas* fueron tomando un contenido que no tenían y, junto con otras denominaciones adjudicadas a los diversos grupos por otros cronistas y viajeros, pasaron a la Etnografía donde se les otorgó su equivalente en las lenguas consideradas nativas y, congelándolas en el tiempo, se estudiaron como entidades reales, realizando comparaciones en cuanto a características culturales, costumbres religiosas, elementos de sus culturas materiales, aspectos somáticos y hasta su propia *conformación* como grupo con sus cambios, movimientos y reacomodaciones en contacto con otros grupos nativos y con los blancos. En esta segunda distorsión no aparecen los “gentilicios” utilizados en las fuentes del siglo XVIII, las reconstrucciones étnicas se basaron en diarios de viajes de cien años más tarde y en los datos etnográficos que todavía se podían recoger en el campo, sin proponer una continuidad entre unas y otros. Las fuentes de archivo no fueron usadas en dichas reconstrucciones y, durante cincuenta años, la historia del poblamiento nativo de Pampa-Patagonia fue recreada siempre en base al mismo conjunto de fuentes éditas. Esas explicaciones perduraron en el tiempo simplemente por el prestigio académico de quienes las realizaron —que muchas veces tuvieron el mérito de ser pioneros en el tema— y adquirieron la característica de axiomas.

ALGUNAS PRECISIONES GEOGRÁFICAS

Ante todo, es necesario definir *qué es* el norte de la Patagonia y, entonces, aún optando por una definición estrictamente geográfica, se presentan diversas opciones. Algunas de ellas fueron preferidas por la Etnografía desde las primeras décadas del siglo y en ellas jugaron sutiles cuestiones semánticas según fueron utilizadas por los diferentes autores hasta ahora dedicados al tema, con el fin de incluir o excluir determinadas áreas geográficas. También está en juego mi propio interés en delimitar un área de estudio.

A qué me refiero con “el norte de la Patagonia”? Al *sector norte* de la Patagonia o a *lo que está al norte* de la Patagonia? Estas preguntas suponen que he elegido un límite norte de la Patagonia o, dicho de otra manera, he

optado por algunas de las propuestas de hasta dónde se extiende hacia el norte la región.

Puede entenderse que el *norte de la Patagonia* es la subregión que se encuentra entre los ríos Chubut y Colorado. Esta es la acepción más utilizada por la Etnografía clásica. En un sentido más restringido, podemos limitarnos al sector comprendido entre los ríos Negro y Colorado, con el agregado de las serranías de la provincia de Buenos Aires. Una tercera posibilidad sería considerar la *región que está al norte de la Patagonia*, esto es, la Pampa, una vasta extensión que abarca desde la ciudad de Buenos Aires hacia el noroeste hasta las serranías de la provincia de Córdoba, hacia el oeste hasta la Cordillera y hacia el sur hasta el río Colorado. Estas dos últimas variantes también son utilizadas con frecuencia en trabajos referidos al poblamiento de esta región, puesto que muy frecuentemente los autores deben referirse a Pampa-Patagonia como una unidad, a la hora de hablar de cuáles grupos estuvieron presentes.

¿A cuál de las tres acepciones me voy a referir aquí? A partes de las tres en un sentido estrictamente geográfico, a ninguna de ellas según la concepción de la Etnografía clásica. El área de estudio que delimito (ver Mapa 1 a) para referirme a algunas cuestiones reiteradamente tratadas hasta ahora y nunca bien aclaradas, está dibujada con recursos geométricos en base a la información que proporcionan los papeles de archivo referidos a la fundación y el funcionamiento del Fuerte del Carmen durante los primeros años de su asentamiento, a las exploraciones que desde allí se realizaron por las regiones vecinas y a los relatos de la interacción españoles-indios. Los papeles de archivo muestran que los grupos nativos que se relacionaron con el Fuerte se movían cotidianamente entre las desembocaduras de los ríos Negro y Colorado, el curso medio de esos ríos y las sierras de la Ventana. Hacia el sur, queda incluida la desembocadura del río Chubut, límite tradicionalmente aceptado entre los denominados *tehuelches del norte* y los *tehuelches del sur*.

Y llego aquí a un punto importante y contradictorio, el nombre *tehuelche*. Este nombre, utilizado como gentilicio, aparece casi con exclusividad en las obras clásicas de la Etnografía. Pero, a la vez, aparece poco en los papeles a los cuales me estoy refiriendo, los de fines del XVIII en la desembocadura del río Negro: no es exclusiva y preponderantemente con los tehuelches con quienes se producen los contactos e interacciones de los españoles del Fuerte. Un estado de la cuestión referido a las etnias en presencia y sus respectivos gentilicios según la Etnografía nos muestra un panorama muy distinto del que permiten reconstruir los papeles de archivo.

LOS ESTUDIOS ETNOGRÁFICOS CLÁSICOS

Los estudios a los que me refiero cuando hablo de Etnografía clásica, son los producidos por Milcíades Vignati (1936a, 1936b y s/f), Tomás Harrington (1946), Federico Escalada (1949) y Rodolfo Casamiquela (1965, 1969, 1985). De entre otros estudios disponibles —que tratan aspectos parciales tanto temática como regionalmente— éstos son los más representativos por la influencia que han tenido, porque intentan un enfoque amplio del poblamiento de Patagonia, y porque utilizan fuentes de primera mano, aunque a veces ellas son de calidad despareja. Tienen en cuenta algunos relatos de viajeros, mejor dicho, siempre el mismo conjunto de relatos: preferentemente Falkner [1774] 1974, Musters [1869-70] 1979, Cox 1863 y Moreno 1876, 1879. Los tres últimos autores agregan a sus interpretaciones datos recogidos en trabajos de campo, en general en alguna región no muy extensa en relación con la vastedad del área en cuestión, durante los cuales permanecieron por largos períodos recogiendo información de personas identificadas por ellos como indios o de ascendencia indígena. Sus discusiones giran infructuosamente en torno a la ubicación geográfica de los grupos y a la lista de rasgos culturales que detentan, según pueden deducirlo de los relatos de estos viajeros. Tales discusiones se ven alimentadas por los datos de sus estadías en el campo. Así, mezclan datos separados en el tiempo por un promedio de 70 años: los obtenidos en esos trabajos de campo de la primera mitad de este siglo, con los que provienen del conjunto de viajeros citados. Con la excepción de Falkner, quien se refiere al siglo XVIII, los otros viajeros transmiten un informe de situación sobre la segunda mitad del siglo XIX. Los etnógrafos a los que estoy haciendo referencia no nos proporcionan ninguna fundamentación teórico-metodológica que justifique por qué su interpretación del poblamiento de la región y de la dinámica cultural de sus pueblos puede estirarse hacia atrás en el tiempo —hasta engancharse con los datos arqueológicos— y hacia adelante por más de setenta años, hasta el momento mismo en que están recogiendo la información en el campo, de una persona que han rotulado previamente en cuanto a su identidad étnica. Esto muestra cómo el presupuesto del presente etnográfico y de la ahistoricidad de estos pueblos jugaron un papel clave en el trabajo de todos ellos.

Haciendo un poco más de historia, debo decir que la Etnografía “oficial” de Pampa-Patagonia comienza en 1936 con sendas monografías de Vignati dedicadas a cada subregión, que escribe para la *Historia de la Nación Argentina*, obra dirigida por Ricardo Levene (1939) con los auspicios del Gobierno Nacional, que se constituye por décadas en la versión autorizada del pasado

argentino. La aparición de los indios de la Pampa y la Patagonia en esa versión oficial es un hecho singular, sobre todo teniendo en cuenta que por mucho tiempo, prácticamente hasta la década de 1980, para los medios no académicos y los manuales escolares, la historia argentina comenzaba con la llegada de Solís al Río de La Plata y se restringía al área metropolitana y sus vecinos hacia el norte. Vignati (miembro de número de la Academia Nacional de la Historia desde 1930) fue un autor muy prolífico. Sus artículos sobre temas de etnografía y arqueología de Pampa, Patagonia y Cuyo deben superar el centenar. Sus referencias a obras editadas de viajeros y misioneros, es mucho más amplia que la de los otros autores aunque, como ellos, no trabajó con papeles de archivo. Las monografías mencionadas, un extenso artículo publicado sin fecha y otro de 1967 son los que encaran de manera más abarcativa el tema de las poblaciones de Pampa-Patagonia. Su diferencia fundamental con los otros autores es la nomenclatura que propone. A través de sus escritos mantuvo durante años una aguda polémica con Casamiquela, aún sobre los aspectos menos significativos del problema.

En 1946 Harrington publica “Contribución al estudio del indio Gününa Küne”, reuniendo sus anotaciones obtenidas entre 1911 y 1936 primero como maestro rural en el norte de la provincia del Chubut y luego como funcionario de la provincia de La Pampa. En 1949 aparece el libro de Escalada *El complejo “tehuelche”*. El autor era un médico de Gendarmería destinado a Río Mayo (sudoeste de la provincia del Chubut) quien, atraído por el “otro” con el cual tenía trato cotidiano, escribió esta obra que resulta un hito en los estudios sobre el tema. Las argumentaciones que presenta para explicar su visión del poblamiento de Patagonia se basan en datos que obtuvo de informantes indígenas y su confrontación con los que provienen del conjunto de viajeros que mencioné más arriba. En su momento, fue un enfoque novedoso para los estudios sobre el área. Pero lo que en un principio resultó una simplificación que apareció como muy didáctica, luego se revirtió en una nueva fuente de malentendidos y prejuicios en torno a “lo tehuelche”. Sucede que llegó Casamiquela a la escena de la Etnografía, con su “Rectificaciones y ratificaciones...” de 1965 donde anticipaba desde el subtítulo que esa sería la interpretación *definitiva* del panorama etnológico de Patagonia y sus vecindades. El afianza la idea de un “complejo tehuelche”, lo reinterpreta, más tarde (1969) lo expande hacia el norte y dinamiza algo su presentación mediante mapas en los que introduce el factor cronológico. En 1985 publica *Bosquejo de una etnología de la provincia de Río Negro* –que igualmente hace referencia a toda la Patagonia– donde repite el esquema de 1965 y 1969. Vuelve a aparecer el análisis de información de los viajeros ya conocidos y presenta en un solo mapa su interpretación del tema de

qué grupos habitaron Pampa-Patagonia, sintetizando en él la presentación que en 1969 había resuelto con tres mapas para mostrar distintos momentos entre los siglos XV y XIX. Los trabajos de Casamiquela sobre las etnias de Pampa y Patagonia se cuentan por decenas, pero es en los tres referidos en donde expone lo fundamental de su interpretación, que luego reitera en los demás artículos y estudios. El autor es un nativo del sur de la provincia de Río Negro, perito minero, autodidacta en cuestiones de paleontología, arqueología y etnografía de Patagonia. Utiliza datos de viajeros y también fuentes de segunda mano –sobre todo Harrington, Escalada y Vignati con quienes polemiza continuamente– más sus propios datos recogidos en el campo desde muy joven y sus conocimientos sobre las lenguas de los tehuelches y los araucanos. De hecho, su punto de apoyo más fuerte para proponer adscripciones y clasificaciones étnicas es el aspecto lingüístico y –cuando es posible– también el racial, a través de descripciones y comparaciones somáticas.

Presentados así los autores, sus fuentes y sus obras, me referiré ahora a sus propuestas (ver Mapa 2). Según Harrington (1946), los propios informantes aseguran ser “pampas” o “tehuelches”, lo que él traduce como *gününa küne* (o tehuelches del norte) y *aóni-kénk* respectivamente. En el área propuesta, se ubicaban los tehuelches del norte (o pampas o *gününa küne*) cuya dispersión se daba desde la mitad sur de la provincia de Buenos Aires y el sudeste de La Pampa, por las márgenes inferiores de los ríos Colorado y Negro, toda la provincia de Río Negro (con el límite oeste del río Limay), la provincia del Chubut (sobre todo el centro y el oeste). El límite sur del grupo era el río Senguerr. Esto indica que para el autor habría habido una superposición de tehuelches del norte y del sur entre los ríos Senguerr y Negro.

Para Escalada (1949), el nombre del grupo que habitaba la región se escribe *guénena-kéne* y aclara que son los *gününa küne* de Harrington y que su informante le dice que se trata de los “pampas verdaderos” (aunque para el autor no existió un grupo étnico “pampa”). Se extendían desde el sur de la actual provincia de Buenos Aires y sudeste de la de La Pampa, por las márgenes de los grandes ríos del norte patagónico hasta el norte de la provincia del Chubut. Tenían como vecinos hacia el norte a los “mapuche” y estaban emparentados con los *aóni-kénk* del sur y los *chehuache-kénk* del sector oeste de las provincias de Río Negro y Chubut.

Casamiquela (1965) ubica a los *gününa këna* (como él afirma que se denominaban a sí mismos) o *tehuelches septentrionales* en el centro de la actual provincia de Río Negro, incluyendo a los “serranos de los cronistas de Bue-

nos Aires”. También ellos mismos se denominaban “pampas” como lo hacían sus vecinos los tehuelches meridionales y algunos blancos “incultos”, mientras que los blancos “cultos” los nombraban “tehuelches” y algunos cronistas, “puelches”. En 1969, Casamiquela agregó subdivisiones a los dos grandes grupos de tehuelches, cada uno de ellos presenta un subgrupo austral y otro boreal. En el sur de la provincia de Buenos Aires, a lo largo de los ríos Colorado y Negro y en el centro y oeste de la provincia de Río Negro, estaban los *tehuelches septentrionales australes*. En la pampa había una “cuña araucana” y, por rutas bien demarcadas, llegaban tehuelches meridionales boreales al sur de la provincia de Buenos Aires. En ese momento (siglos XVII y XVIII) se había producido una “tehuelchización” de la pampa. Más tarde se expande la “cuña” araucana, produciéndose la “araucanización” de las poblaciones pampeanas, por lo que el autor habla de “tehuelches septentrionales araucanizados”. Sólo en el sur de la provincia de Buenos Aires quedaban grupos de tehuelches septentrionales. La provincia de Río Negro estaba habitada por tehuelches septentrionales boreales (que ocupaban la región pampeana en el momento anterior), por lo que el autor menciona una “retracción” de los tehuelches hacia el sur por influencia de la araucanización. Casamiquela vuelve a simplificar su esquema en 1985: entre el río Chubut y el Negro-Limay habitaban los *günün a künna* (según su propia denominación) o tehuelches septentrionales australes que también se llamaban a sí mismos, “pampas”.

Vignati, en sus diversas obras, es el que más discrepa con Harrington, Escalada y Casamiquela, sobre todo respecto de los gentilicios que considera adecuados para cada grupo. Además, es el único que sostiene la existencia de los *pampeanos* como grupo étnico diferenciado, ocupando una región muy extensa: desde los 30° de latitud sur hasta el río Negro. Esos pampeanos tuvieron su origen en las poblaciones de áreas serranas vecinas y, hacia 1700, estaban entre los ríos Negro y Colorado y en las sierras de la Ventana y en contacto con los *patagones* hacia el sur y con los *aucas* hacia el norte (Vignati 1936a y b). El mapa que aparece en su obra sin fecha (c. 1960) permite obtener una imagen más estricta de la idea del autor para los siglos XVI al XIX: los *pampas millcayac* en el sudoeste de Buenos Aires y por la región de los ríos Negro, Colorado y Chadileuvú; los *gününa-küne* desde la mitad sur de la provincia de Río Negro hasta el límite entre las provincias de Chubut y Santa Cruz. Estos grupos tenían como vecinos: al norte, a los *pampas allentiac*; al oeste, a los *pehuenche* y al sur, a los *aönükün’k*. En 1967, Vignati no es tan preciso en ubicaciones geográficas, ya no menciona a los pampas, y habla de los *gününa-küne* o *tuelche* que tenían al norte a los *serranos* y al sur a los *patagones*. Estos últimos estaban divididos en tres

grupos: los *péenkenk* o gente del norte, los *háunikenk* o gente del sur y los *aónikenk* o gente del oeste.

Para llegar a la síntesis que acabo de presentar en pocos párrafos, fue necesario pasar por varias etapas de lectura y de análisis de los datos que ofrecen estos autores. El Mapa 2 muestra, en superposiciones, las dispersiones que proponen y da una muestra de lo complicado del asunto. El tema se torna confuso a cada paso y siempre es necesario volver atrás en la lectura y reiterar las comparaciones entre unas propuestas y otras. Lo que aparece como discordante puede tornarse coincidente, los nombres se utilizan para referirse a distintos grupos o diferentes ubicaciones geográficas. A primera vista parecen presentar posturas irreconciliables y propuestas poco claras, pero lo hacen con un estilo muy contundente y polémico, lo que contribuyó a cimentar sus figuras de especialistas en el tema cuando esa especialización estuvo basada en la interpretación de los datos de unos pocos viajeros y en el manejo de datos recogidos en el campo imposibles de contrastar. Pero estos autores, a pesar de la poca claridad de sus propuestas, hicieron escuela en este tema de las poblaciones indígenas de la Pampa y la Patagonia, y hay algunas cuestiones en las que todos ellos están de acuerdo. Como a este acuerdo siguen remitiéndose en la actualidad los autores que se dedican a temas nuevos desde la etnohistoria, la historia social y la historia económica, es necesario que me refiera brevemente a esta cuestión.

¿En cuáles cuestiones están de acuerdo?, ¿qué queda si limpiamos las interpretaciones del aspecto lingüístico –tan utilizado por ellos y tan poco seguro–, del listado de rasgos culturales –tan poco determinantes en un panorama en rápido cambio–, del empecinamiento en sus propias tesis de cada uno de los autores? ¿Qué es lo que indiscutiblemente se puede afirmar, basándonos en estos autores, acerca del poblamiento de Pampa-Patagonia en el momento histórico?

Ellos están de acuerdo en que la región patagónica estuvo habitada por un grupo étnico denominado Tehuelche (Patagón para Vignati), con subdivisiones: Tehuelches del norte y del sur y sus respectivos nombres propios en sus lenguas (Gününa Küne o günün a küna y Aóni Kenk o aónik'enk respectivamente). El grupo del sur tuvo su habitat al sur del río Chubut hasta el estrecho de Magallanes. El grupo del norte limitaba, hacia la pampa, con grupos muy influenciados por gentes que procedían de la región trasandina (Harrington , Casamiquela). Por oposición, los tehuelches habrían sido los habitantes autóctonos de la región (Escalada). Hay también coincidencia en

que el habitat de los del norte se extendía por lo menos hasta las serranías bonaerenses (Harrington, Escalada y aún Casamiquela y Vignati, aunque de manera implícita y hasta discutida por ellos mismos). Harrington, Escalada y Casamiquela aceptan la equivalencia entre “pampas”, “gününa këna o küne” y “tehuelches del norte”. Vignati sostiene que los gününa küne eran los “tuelches” que tenían una ubicación muy al norte, y que los del sur eran “patagones” (no está de acuerdo en el uso del gentilicio “tehuelche”).

En cuanto a la región de la pampa y su poblamiento hay discrepancias más grandes, puesto que la situación es más compleja. Por un lado, la *araucanización*, sobre la que todavía necesitamos estudios detallados; por el otro, la presencia del blanco en Buenos Aires y la abundancia de ganado cimarrón en la región jugaban un papel altamente atractivo para los grupos de más al sur. El panorama no resulta simple de describir y las opiniones de los etnógrafos son muy encontradas al respecto.

Vignati sostiene que los primitivos habitantes de las pampas desaparecieron debido a los duros trabajos en encomiendas que los captaban desde el lado occidental de la Cordillera, y posteriormente reaparecieron a partir de grupos aislados que habrían mantenido su libertad ubicados en el sur de Mendoza y Neuquén. Este autor hace expresa referencia a que los pampas fueron los habitantes autóctonos de las llanuras, no araucanos. Escalada postula que no se puede hablar de una “nación” en particular, que el vocablo pampa tiene un origen exclusivamente geográfico y que los pueblos que habitaban la región lo hacían atraídos por la presencia de Buenos Aires, aunque eran mayoritariamente mapuches (araucanos). Para Casamiquela hubo fluctuaciones: ocupada primero por “patagónidos”, la pampa recibió luego la influencia araucana, más tarde una “tehuelchización” y luego una nueva araucanización. También reconocen que en la zona cordillerana de la actual provincia de Neuquén había grupos distintos, sobre todo, en cuanto a su economía y cultura material, con un asiduo contacto con grupos trasandinos. Hay discrepancias sobre el límite norte de la Patagonia y en cuáles grupos estarían involucrados en esos límites imprecisos entre Pampa y Patagonia y sobre la presencia de tehuelches en la región pampeana y su contacto con los araucanos.

UNA PROPUESTA DESDE LAS FUENTES DE ARCHIVO

Como se ve, el estado actual de la cuestión de las filiaciones étnicas es sumamente confuso y controvertido. Los estudios disponibles están basados

en el análisis de contraposiciones de rasgos culturales y lingüísticos, y en clasificaciones étnicas elaboradas a partir de un conjunto cerrado de fuentes citadas, interpretadas y reinterpretadas prejuiciosamente. Hay una fuerte dicotomización entre “lo araucano” y “lo tehuelche” y grandes interrogantes acerca de “lo pampa”. Los estudios recientes con enfoques más actualizados acerca de temas y problemas de la sociedad indígena no tratan centralmente la cuestión de la pertenencia étnica aunque, a la hora de usar rótulos, recuren a los más conocidos y “autorizados”. Otros sí insisten en usar las clasificaciones dadas y se lanzan a acomodar a ellas nuevos relatos o nuevas puestas en valor de fuentes que en su momento fueron muy desprestigiadas por los propios autores de las clasificaciones dichas.

Si el tema a tratar es el de los grupos étnicos y sus límites, aparece un fuerte desafío en cuanto a no pretender aportar datos a favor o en contra de los rótulos existentes y en evitar prácticas en las que uno se ve fuertemente entrenado después de leer a los autores en cuestión: realizar equivalencias de nombres por ubicación geográfica, atribuir filiaciones a determinados grupos según el nombre de su cacique, tomar las denominaciones de las fuentes como gentilicios. Los gentilicios utilizados por viajeros y cronistas resultan en general poco confiables pues, como ya es sabido, eran anotados sin aclarar si la denominación provenía del grupo con el cual estaban en contacto, si era proporcionada por terceros o si reflejaba realmente los resultados de su observación personal. Además, muchas veces estuvieron teñidos por opiniones preformadas en base a la información que habían obtenido previamente respecto de los grupos, de algunos de sus integrantes o de otros autores que los habían descripto antes. No se puede descartar tampoco que los propios informantes estuvieran repitiendo ante personajes “cultos” –como los viajeros y misioneros– el nombre que habían escuchado le adjudicaban otros personajes similares a ellos. Seguir basándonos en estos gentilicios para describir a los grupos presentes y los procesos históricos de su conformación, resulta un recurso agotado.

Mi aproximación a la problemática planteada (Nacuzzi 1996) estuvo acotada espacial y temporalmente, a las regiones vecinas al Fuerte del Carmen y a los cuatro o cinco primeros años de existencia de ese enclave. Busqué averiguar por qué y cómo se usaban determinados gentilicios y, sobre todo, cómo eran y de qué manera se relacionaban entre sí los grupos a los cuales se aplicaban esos gentilicios. Para aislar a cada uno de esos conjuntos, me fue muy útil mantener la misma nomenclatura que les dieron los funcionarios españoles quienes no tenían como interés principal reconocer y deli-

mitar grupos étnicos, ni describir su cultura: “indios de las sierras”, “indios de las salinas”, “indios del cacique Negro”, realizando un cuidadoso control de la *territorialidad* de cada uno de ellos. Los límites territoriales trasladados a la esfera de las conductas y los acuerdos, crean lazos sociales y políticos que acostumbramos conceptualizar como *relaciones interétnicas*. Tres diferentes análisis fueron realizados por mi tomando como eje la territorialidad y las relaciones interétnicas, para llegar a unas conclusiones parciales que constituyen más bien propuestas para continuar el estudio de este tema tan trasegado pero aún poco claro. Uno de ellos fue el estudio de los movimientos y contactos del cacique Negro; otro, el de las relaciones de vecindad de los caciques Calpisqui y Cayupilqui de sierra de la Ventana y el tercero, el de diferentes caciques que frecuentaron la región del Fuerte durante los primeros años de su fundación.

Paso ahora a exponer los datos que proporcionan los papeles de archivo. En abril de 1779, Don Francisco de Viedma ordena la construcción del Fuerte de Nuestra Señora del Carmen del Río Negro en la orilla sur de ese curso de agua, a unos 30 km de su desembocadura en el Océano Atlántico. A partir de ese momento redacta extensas cartas e informes al Virrey y lleva minuciosos diarios de los acontecimientos cotidianos en torno a ese emplazamiento. Esos escritos dan cuenta de las dificultades de los españoles en un medio natural inhóspito y de sus relaciones cada vez más estrechas con diversos grupos de nativos que se hacen presentes en el lugar.

Esta fundación se enmarca en la política de conocer y poblar las costas patagónicas que se impulsa desde el recientemente creado Virreinato del Río de La Plata con sede en Buenos Aires. Otras fundaciones que se realizaron al mismo tiempo (San José, San Julián) tuvieron muy corta vida y habría que esperar hasta pasada la mitad del siguiente siglo para que los galeses establecieran su Colonia unos 300 kilómetros al sur de El Carmen.

No hay documentos menos descriptivos que estos respecto del conjunto de rasgos culturales de los grupos con los cuales se contactan. Ese absoluto despojo descriptivo los convierte, sin embargo, en información clave sobre relaciones sociales y políticas con los otros grupos indios y con los españoles, puesto que las cartas y diarios consignan la llegada o la partida de diferentes grupos, las tratativas que se llevan a cabo con ellos, la información que de ellos obtienen sobre otros grupos de la región y sus movimientos, los datos que van obteniendo sobre las posibilidades de comunicación con el interior del territorio.

La relación entre indios y españoles fue –en términos generales– amistosa. Unos y otros desarrollaron rápidamente diversas estrategias de convivencia y se impusieron a sí mismos reglas de conducta que fueron elaborando sobre la marcha. Las de los españoles se encuentran algunas veces reflejadas en sus papeles, las de los indios sólo pueden vislumbrarse en esos mismos papeles con la interferencia de estar relatadas por otros. De cualquier manera, muchas de esas estrategias no fueron planeadas o no se hicieron conscientes ni para unos ni para otros. Del mismo modo, decisiones tomadas provisoriamente se transformaron –por repetidas– en normas no escritas de relación, y planes de acción muy pensados y programados quedaron en la nada.

Un ejemplo de lo expresado quedó reflejado en los relatos de los primeros contactos entre españoles e indios que muestran cómo fueron identificando y mencionando a los diferentes grupos, cómo siguieron usando esos nombres –a veces contradictoriamente– y cómo tales nombres quedaron impuestos a fuerza de ser reiterados. En el primer informe de Viedma al Virrey desde el río Negro, todavía a bordo de una de las embarcaciones, aquel hace referencia a haber encontrado a dos grupos “lentos de infelicidad y miseria”: los “tiquelchus” y los “pampas” (Viedma 4-6-1779). Un tercer grupo le es mencionado por los propios indios: los “aucas”. Un análisis de la manera y circunstancias en que son mencionados estos tres grupos en éste y en otros papeles producidos durante los tres primeros años desde la instalación de los españoles en el río Negro, permite llegar a la conclusión de que son rótulos impuestos, en principio, por la ubicación geográfica de los grupos. Luego hay un mejor conocimiento de cada conjunto, pero esto no nos permite conocer con seguridad los nombres que cada grupo reconocía como propio. Prevalece el uso de los rótulos utilizados en un primer momento, debido a circunstancias que interpreto como de comodidad o de ordenamiento administrativo. Ante la necesidad de relacionarse muy frecuentemente con esos grupos, se los siguió mencionando como la primera vez y esos rótulos fueron adquiriendo una relevancia que en realidad no les correspondía. Veamos la cuestión con más detalle.

Muy pronto, el sentimiento de compasión respecto de la “miseria” de los indios cambió hacia un trato más igualitario, debido a las carencias de los recién llegados. Viedma relata que los “tiquelchus” no los reciben de tan buen grado como los “pampas”. Los primeros provenían de San Julián y se habían instalado con sus toldos en la orilla sur del río, cerca del Fuerte en construcción. Permanecieron por corto tiempo allí, de ese lado del río, el que corres-

pondía al de sus tierras, y se retiraron hacia el sur antes de que una crecida del río destruyera las incipientes obras, el 13 de junio de 1779 (Viedma 12-10-1779). La construcción del Fuerte recomenzó en la orilla norte, y este cambio de emplazamiento se manifiesta en los papeles de archivo: Julián no vuelve a acampar en las inmediaciones del Fuerte, las relaciones con los grupos indios de la región se sesgan hacia el norte, la mayor parte de la información provendrá, desde este momento, de la región más cercana por el lado norte. El río Negro se muestra así como un importante límite territorial entre grupos étnicos.

La relación con los “pampas” se establece a través de su cacique, llamado Negro. Para otros funcionarios, como el propio Virrey, Negro era “cacique principal de los Teguelchús” (Vértiz 3-12-1778). Pero si me guio por las observaciones más directas de Francisco de Viedma, debo sospechar que el uso de la denominación “pampas” está dando un indicio de territorialidad. En efecto, la “pampa” como lugar geográfico era reconocido desde el momento mismo en que los españoles se instalan definitivamente en el Río de La Plata (fines del siglo XVI): era la vasta extensión que describí al principio. Por lo tanto, si Viedma los llamó “pampas”, podemos suponer que estaba reconociendo su pertenencia a esa región.

¿Qué estaba observando respecto del uso de los territorios por los indios del cacique Negro y de la relación con otros grupos indios? En primer lugar, que frecuentemente instalaba sus toldos a orillas del río Colorado (Viedma 15-10-1779) o visitaba a caciques amigos en sierra de la Ventana (Viedma 1781). En segundo lugar, que Negro llegaba habitualmente hasta las cercanías de Buenos Aires para comerciar (Viedma 1781), apropiarse de ganado o participar de malones (Viedma 1780b). En tercer lugar, tenía estrechas relaciones, de intercambio de bienes y de parentesco, con grupos que habitualmente explotaban territorios en lo que era considerado “la pampa” (Viedma 2-10-1780 y 1-6-1782). Eran tres motivos para que Viedma usara sin plantearse dudas el rótulo de “pampas”. En ningún momento existió interés en averiguar el nombre que los indios se daban a sí mismos, puesto que los españoles estaban agobiados por otras preocupaciones: la escasez de alimentos, la lenta e ineficaz comunicación con Buenos Aires, el desconocimiento del interior del territorio, el comportamiento de los grupos indios.

El tercer grupo presente es el de los “aucas”. Desde el primer encuentro (Viedma 4-6-1779), aparecen mencionados por los pampas, no se acercan al Fuerte. Son los que están más alejados hacia el norte, los que realizan los

malones sobre Buenos Aires, los peligrosos o temibles. Así por lo menos los hace ver el cacique Negro quien es el que tuvo una relación más permanente con la gente del Fuerte del Carmen. En los escritos de Viedma, son los grupos de sierra de la Ventana, ricos en ganado, y algunos de sus vecinos hacia el oeste (Viedma 1781). Aunque este conjunto es denominado también “pampa” en otros papeles (Zizur 1781).

La confusión entre unos gentilicios u otros, cualesquiera sean ellos, es habitual en el caso que estoy exponiendo y, en general, en todas las situaciones de contacto donde los europeos trataron de describir grupos nativos con los cuales han tenido poca relación. En el Fuerte del Carmen, más allá de algunas superposiciones en la nomenclatura, predominan, por razones que considero preponderantemente de comodidad administrativa, los rótulos de “tiquelchus”, “pampas” y “aucas”. Desde las primeras lecturas que realicé de los papeles producidos en relación al Fuerte, quedó en claro cuáles eran los tres “gentilicios” que predominaban en ellos. Y también, de manera tajante, que ellos no coincidían totalmente con los nombres de los grupos que venía otorgando la Etnografía a los habitantes de esa región. No son nombres inventados por los españoles, por el contrario, venían usándose en la región desde mucho antes pero aquí funcionan como *identidades impuestas* a determinados conjuntos de nativos que funcionaban como *organizaciones socialmente efectivas* (en el sentido de Barth 1976). Es decir: son conjuntos de personas que se autoidentifican como tales y son identificados por los otros como *diferentes* entre otros conjuntos presentes. Sostengo que se trata de *identidades impuestas* puesto que no hay una intención manifiesta por parte de los funcionarios españoles que producen los escritos en que se basa mi análisis, de dirimir qué nombre se daba a sí mismo cada grupo. Tampoco intentaron delimitar grupos o “naciones” (como lo hicieron más tarde los etnógrafos). Sólo existía una necesidad de que la convivencia y los acuerdos comerciales y políticos prosperaran, por lo que, habiendo aislado someramente a estos tres conjuntos, les aplicaron un nombre para poder manejarse cotidianamente con ellos y para referirse a ellos en la correspondencia, escritos e informes al Virrey. Aquí el blanco tiene mucho más protagonismo que el que parece, al otorgar o imponer identidades con fines puramente prácticos. Por eso me refiero a *identidades impuestas*.

Aparte del análisis de los movimientos del cacique Negro, encaré el estudio de las relaciones de dos caciques-hermanos de las sierras de la Ventana (Calpispqui y Cayupilqui) con grupos vecinos muy próximos. Estos grupos mostraron la complejidad de las relaciones interétnicas en un área no

muy extensa pero muy favorecida por sus recursos económicos. Los diferentes grados de relación social se pueden sintetizar en cuatro expresiones que, a la vez, refieren a cuatro grupos: los *muy vecinos*, los *vecinos*, los *vecinos lejanos* y los *casi enemigos*. El análisis fue realizado en base a los datos de un diario de Pablo Zizur (1781) quien permanece casi dos meses en las tolderías de Calpisqui negociando los términos de un tratado de paz. Se mencionan en él a diferentes caciques que el viajero identifica como “confederados” y que participan indefectiblemente de las diversas juntas y tratativas (serían los muy vecinos) y a otros que llegan especialmente para dar su opinión sobre las tratativas (los vecinos). Un tercer grupo (vecinos lejanos) es mencionado con un gentilicio, los ranquichules, y no toman parte de las discusiones, aunque pasan por las tierras de Calpisqui/Cayupilqui hacia los campos de Buenos Aires y realizan los obsequios protocolares que les permite el tránsito por tierras de otro cacique. Con el cuarto grupo (casi enemigos) las relaciones eran fluctuantes, hay por lo menos rumores de un posible ataque de parte de ellos a los toldos de Calpisqui/Cayupilqui, aunque también se menciona que se los va a enterar del tratado sobre el cual se estaba discutiendo. Este segundo análisis, encarado en base a grupos tan pequeños, mostró dinámicas de funcionamiento de los grupos que conocíamos muy poco hasta ahora y proporciona una interesante posibilidad de realizar analogías para otras pequeñas áreas de la vasta región pampeano-patagónica.

Para el tercer análisis, amplié el estudio a los caciques que aparecen reiteradamente mencionados en la región y pude identificar tres conjuntos de caciques amigos entre sí: Negro y sus amigos, Calpisqui y sus amigos, Chulilaquini y sus amigos. La importancia de delinear estos tres conjuntos se debe a los diferentes ámbitos geográficos que frecuentaban, sobre todo los de Calpisqui y Chulilaquini, lo que permite proponer una cierta territorialidad para ellos.

Los amigos de Calpisqui son convocados a opinar sobre el tratado de paz que Zizur le propone al cacique, de lo que se puede deducir que había estrechas relaciones políticas entre ellos. Tal vez la apreciación de Zizur de que se trataba de caciques “confederados” no resulte tan desatinada. Ni Calpisqui ni sus amigos visitaban el Fuerte, el cacique sólo enviaba emisarios ocasionalmente y, además, sus campamentos nunca superaron hacia el sur la región de las sierras de la Ventana (Zizur 1781 y Viedma 1781, entre otros).

Por otro lado, Chulilaquini realizaba amplios desplazamientos desde la “tierra de las manzanas” (en la cuenca del Limay) hasta las sierras de Buenos

Aires para proveerse de caballos (Viedma 1781), y hasta la desembocadura de los ríos Negro y Colorado, donde frecuentemente acampaba, para comerciar con los españoles (Viedma 1780a y b, Villarino 1780). Sin embargo, no hay indicios de que su ruta a las sierras tocara los emplazamientos de Calpisqui (Zizur 1781, Viedma 12-1-1781).

El comportamiento de Negro es completamente distinto: frecuente Buenos Aires (de la Piedra 5-12-1778) y el Fuerte de Patagones (Villarino 1779, Viedma 4-6-1779), acampa junto con Calpisqui en sierra de la Ventana (Viedma 1781) y con Chulilaquini en la desembocadura del Colorado (Viedma 7-3-1780), sus alianzas variaban mes por mes. Los propios indios algunas veces no lo identifican como “auca” (Viedma 1780b) y otras sí (Viedma 1-6-1782), o lo indican como emparentado con los “aucas”, y con ellos se alía en diversas oportunidades (Viedma 1780b), aunque también realiza alianzas con los “tehuelches” (Viedma 1780a). Es probable que haya tenido relaciones de parentesco con ambos grupos e hiciera uso de distintas *identidades virtuales* (en el sentido de Cardoso 1971), como también que su habilidad política le permitiera relacionarse cómodamente con ambos grupos, como con los españoles de Buenos Aires y del Fuerte. Es posible también que su comportamiento se explique suponiendo que el Fuerte estaba emplazado en parte de su territorio. Bajo esta perspectiva, Negro se transforma en el maestro de ceremonias de todos y cada uno de los acuerdos, desacuerdos y transacciones con los blancos allí emplazados. Aunque no hay que olvidar que su presencia en Buenos Aires y su ofrecimiento de ayuda a la expedición que iba a fundar el Fuerte ocurre antes de la partida de la misma (de la Piedra 5-12-1778). Puede haber ocurrido que el Fuerte se instalara en sus terrenos (y de allí tal ofrecimiento), como también que este cacique haya explotado hábilmente su cercanía y sus propias relaciones políticas y parentales con los otros grupos de la región para prácticamente acaparar las relaciones con los blancos de ese emplazamiento.

De todos modos, es Calpisqui quien tiene más amigos “propios” y, además, ellos están más concentrados geográficamente y sus relaciones parecen más estables políticamente. Esto se contrapone con la conveniente ubicuidad de Negro quien tiene amigos en el interior del río Negro – Chulilaquini–, en las sierras de Buenos Aires –Calpisqui– y en la frontera de Buenos Aires –Linco Pagni y Cachegua (Vértiz 24-10-1780)–, cubriendo así una extensísima área geográfica.

Quizás debamos considerar a Negro como el que mejor llevó a cabo un proceso de acentuación de su identidad cultural y, por lo tanto, de diferencia-

ción con respecto a los españoles, como estrategia de supervivencia ante la impuesta relación con los blancos. Aunque, analizando la compacta formación de Calpisqui y sus amigos, también se puede concluir en que no resultaba una mala estrategia: tenían el control de una región rica en ganado, y muy bien ubicada como paso obligado de cualquier partida de indios del sur o del oeste que pretendiera aproximarse a Buenos Aires. Esta situación es muy bien captada por las autoridades coloniales cuando, por ejemplo, en 1790 firman un tratado de paz con Calpisqui que le confiere amplios poderes de control sobre la frontera en sí y sobre los grupos que intenten aproximarse a Buenos Aires (Tratado 1790).

Pero estas jurisdicciones y estas funciones no debieron tener una anti-güedad de siglos. La cuestión está evidentemente muy ligada a los recursos económicos presentes y, lógicamente, con la pericia política del cacique que en algún momento se establecía allí y su fuerza para mantenerse en un delicado equilibrio con sus vecinos. Esto es muy evidente en la región que ocupaba Calpisqui, pero no lo parece tanto para el resto del área en estudio. Aunque tener la casi exclusividad de negociación con los blancos –como es el caso del cacique Negro– puede verse como un recurso, y muy explotable. De cualquier modo, no es válido extender hacia atrás o hacia adelante en el tiempo, la situación que podamos reconstruir para fines del siglo XVIII en la región de la desembocadura del río Negro y las sierras de Buenos Aires.

En resumen, los tres análisis efectuados me permiten proponer algunas conclusiones: que los grupos reconocían como territorios propios regiones muy acotadas dentro de la gran extensión Pampa-Patagonia, que la identificación de sus amigos y vecinos contribuyen a reconocer esos territorios, que los desplazamientos en busca de ganado y otros bienes eran muy extensos, que frecuentemente las alianzas de diferentes caciques y sus grupos eran muy flexibles y cambiantes. Con los datos disponibles, a pesar de las pretensiones de los etnógrafos, no es posible llegar más allá que a la identificación de grupos pequeños en un lapso muy acotado. Los rótulos muy abarcativos espacial y temporalmente, no tienen ningún asidero. Esta forma de abordar el estudio, en pequeñas áreas, puede ir despejando un panorama bastante enmarañado, como es el que hasta ahora nos ha presentado la etnografía, aunque disfrazado de grandes simplificaciones: “tehuelches del norte”, “tehuelches del sur”, etc.

Los españoles del Fuerte del Carmen del Río Negro, por comodidad, para simplificar una realidad desconocida que se les presentaba compleja, sin

conocer en detalle a los grupos que iban apareciendo, como *estrategia* social y política, usaron rótulos que tenían mucho que ver con la ubicación geográfica: los “pampas” estaban en la región del Fuerte, en las desembocaduras de los ríos Negro y Colorado y en una región indeterminada en su extensión hacia el interior de esos cursos de agua; hacia el sur del río Negro estaban los “tehuelches”, y en las sierras de la Ventana y sus regiones vecinas hacia el oeste y el norte, los “aucas” (ver Mapa 1 b).

La imposición de identidades es un fenómeno relacionado muy estrechamente con otros, como el de la complementariedad económica entre indios no-sedentarios y españoles en asentamientos fijos, y el de la preponderancia de los cacicazgos unipersonales, que he desarrollado de manera detallada en Nacuzzi 1996. Estos acomodamientos de la sociedad indígena en una situación de contacto, produjeron una acentuación de aquellas pautas culturales que permitían una mejor relación con el blanco y, a la vez, crearon una fuerte dependencia respecto de la propia relación.

COMENTARIOS FINALES

El análisis de pequeños grupos que propongo aquí, fue dándose en base a la calidad de los datos de que dispuse y ante la imposibilidad de adscribirlos a grupos más abarcativos, empresa que hubiera resultado altamente especulativa. El objetivo de más peso en este análisis fue el de realizar una lectura “ingenua”, en la medida de lo posible, de las fuentes disponibles, buscando eludir el fuerte peso del estado de la cuestión presentado aquí. Utilicé algunos conceptos instrumentales de Barth (1976) y Cardoso de Oliveira (1971), aunque eludí adrede tipologías sobre “etnia”, “tribu”, “jefaturas”, “relaciones interétnicas”.

Sin embargo, debo realizar algunas consideraciones sobre estos conceptos teóricos que fueron objeto de análisis casi al mismo tiempo que se producían los trabajos citados de la Etnografía clásica de Pampa y Patagonia. Naroll (1964: 284) después de revisar el concepto de tribu en varios autores (lo cual resulta muy útil como compendio de las diferentes opiniones entre 1938 y 1963), define “unidades sociales” o “étnicas” en base a seis criterios: distribución de rasgos particulares, contigüidad territorial, organización política, lengua, ajuste ecológico, estructura comunitaria local. Fried (1971) lo discutió en parte y propuso su propia lista de criterios para definir una “tribu” (a pesar de que sostuvo que ese término técnico “es el más egregio caso de

falta de sentido” dentro del vocabulario de la antropología): la presencia de un número de unidades de parentesco mutuamente interconectadas por lazos de afinidad, la posesión de un lenguaje común, la posesión y defensa de un territorio, la posesión de un nombre, la posesión de una estructura de gobierno coronada por una autoridad suprema que encarne la voluntad popular (Fried 1971: 4-5 y 8-9). Poco después, Isajiw (1974) como alternativa al concepto del mencionado Naroll que opina serviría para sociedades tribales pero no para grupos étnicos, dio a conocer su análisis sobre 65 estudios sociológicos y antropológicos donde se trataba algún aspecto referido a la etnicidad. Su estudio analiza 27 definiciones de etnicidad tomadas de trabajos teóricos, con sus variaciones y los tipos de variables incluídas, y luego lista 12 atributos según su frecuencia de aparición: origen nacional o geográfico común o ancestros comunes, igual cultura y costumbres, religión, raza o características físicas y lengua son los cinco primeros atributos (con doce, once, diez, nueve y seis menciones respectivamente), los demás tienen cuatro menciones o menos.

Es notable que la única variable que comparten los tres autores es la lengua, sobre todo, porque el mismo Naroll opina (y no es el único) que la clasificación lingüística “con el material disponible en la literatura etnográfica existente es frecuentemente *trabajo conjetural puro*” (Naroll 1964: 285, traducción y destacado míos). Después, hay una cierta coincidencia entre Naroll y Fried, algunos rasgos tienen en común sus modelos: el territorio, la organización política y la estructura comunitaria o unidades de parentesco mutuamente interconectadas, si nos tomamos la libertad de entender como semejantes estas dos últimas categorías. Isajiw, en cambio, encuentra una preponderancia de las características “cultura”, “religión” y “raza” (Isajiw 1974: 117).

Por mi parte, no puedo aportar datos sobre el tema “lengua”, del cual casi no se habla en los documentos utilizados en este estudio. Si bien es muy frecuente la mención de lenguaraces, se entiende que actuaban en el diálogo con el blanco. No hay indicios de que los usaran para comunicarse entre los diversos grupos, por lo que no se puede conjeturar si tenían lenguas iguales, diferentes, o usaban una lengua franca. Las otras tres características comunes a Naroll y Fried, en cambio, sí han sido analizadas aquí aunque no como organizadoras de grandes grupos sino de pequeñas *unidades socialmente efectivas* en el sentido de Barth (1976): los territorios, la organización política y la estructura comunitaria. En cuanto a las características que Isajiw encuentra como preponderantes (cultura, religión, raza), es obvio que mi análisis no estuvo enfocado hacia esas cuestiones, pero también resulta evidente que si

hay algo que unificaba a los grupos a los que he hecho referencia es que compartían una misma forma de vida o “cultura”.

De un conjunto de estudios algo más recientes en torno al tema de la “etnicidad”, se obtienen enfoques que se aproximan algo más a mi problema particular de investigación. Por ejemplo, A. Cohen (1974: IX) define un grupo étnico como una colectividad de personas que comparten algunos patrones colectivos de conducta normativa y forman parte de una población más grande, interactuando con gente de otras colectividades dentro del marco de un sistema social. A pesar de que su análisis está sustentado en fenómenos contemporáneos y urbanos, su idea de “colectividad de personas” que comparten conductas y se relacionan con otros grupos dentro del marco de un sistema más amplio, puede adecuarse a los grupos indios a los cuales me he referido aquí. Para R. Cohen (1978: 399), uno de los principales determinantes teóricos del cambio de enfoque sobre la etnicidad es la consideración del contexto del problema: la emergencia de estados centralizados tiene como consecuencia la aparición del concepto de “sociedad plural”, donde las “tribus” dejan de ser entidades uniformes y aisladas y comienzan a tener relación con asentamientos rurales, urbanos e industriales. Este autor realiza, como Isajiw, una amplia referencia a trabajos que se han ocupado del tema de la “etnicidad” y encuentra las mismas dificultades con la definición del concepto en sí mismo. Tal vez lo más importante de su enfoque para tener en cuenta aquí, es su afirmación de que la etnicidad no existe si no existen las relaciones interétnicas (R. Cohen 1978: 389) y que el término “tribu” es ideológico y, fundamentalmente, un concepto colonial. Esto nos remite a Kroeber (1955: 313, citado por Leacock 1983), quien afirma: “our usual conventional concept of tribe... appear to be a White man’s creation of convenience for talking about Indians, negotiating with them, administerin them”, lo que nos lleva directamente a la cuestión planteada aquí de las *identidades impuestas*.

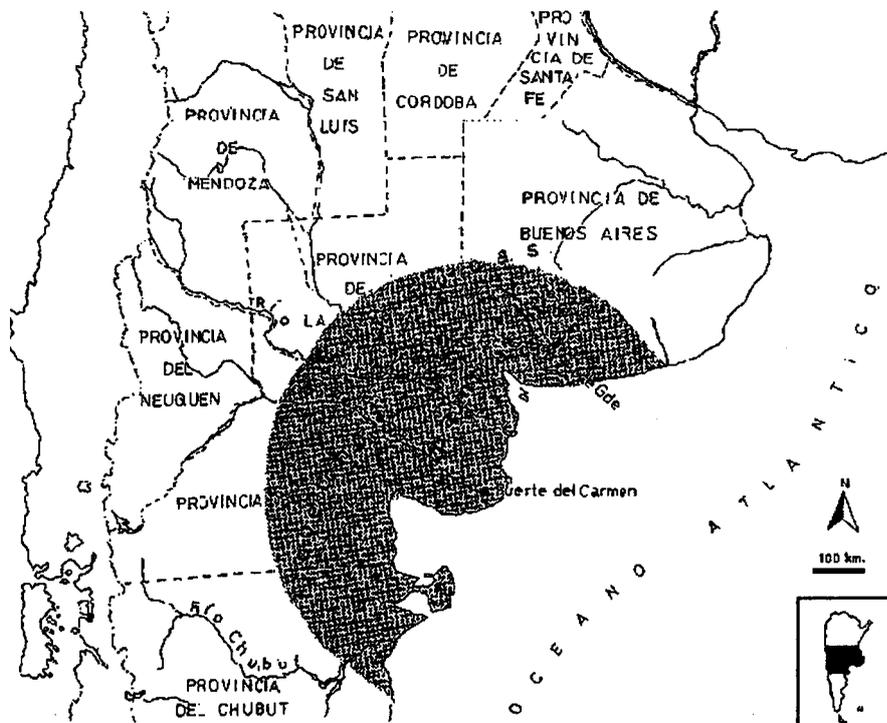
Trabajos posteriores acerca del tema de la etnicidad, han estado preponderantemente enfocados hacia la relación de grupos minoritarios en la construcción de los estados-nación. Para el momento que encaro en este trabajo, ha sido fundamental el aporte de Barth (1976) quien dejando de lado los *contenidos culturales* de una etnicidad *estable*, introdujo una visión más dinámica, definiendo a los grupos étnicos a partir de sus *diferencias* y *complementariedades*, lo que permite “la posibilidad de leer el fenómeno de identidad desde la perspectiva de la teoría de sistemas” y “manejar una mayor cantidad de fenómenos al mismo tiempo”, según lo resume Juliano (1992: 51).

Para el caso que me ocupa, la situación de contacto llevó a que los grupos mantuvieran su especificidad de una manera particular: subrayando las complementariedades. Detrás de cada rótulo impuesto había una “especialización” acentuada por la presencia y los requerimientos del blanco, una división de tareas en la obtención o producción de recursos que se ofrecían entre sí y ofrecían al blanco:

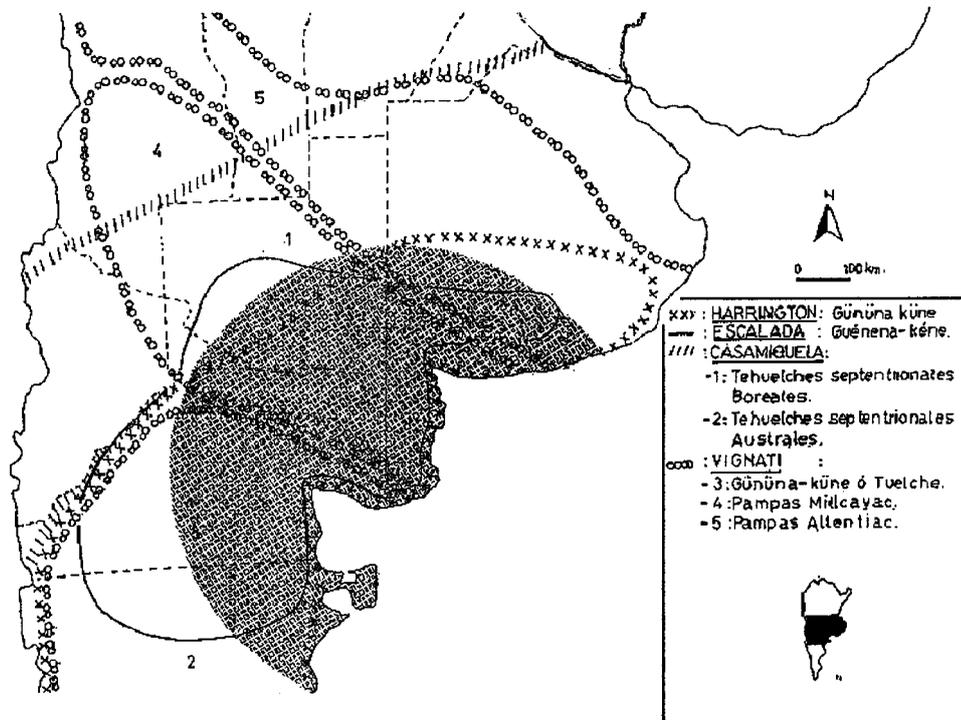
- los “aucas” cercanos a la Cordillera producían ponchos y productos agrícolas;
- los “pampas” y “aucas” cercanos al Fuerte, se especializaban en el manejo de ganado;
- los “tehuelches” del sur del río Negro, ofrecían pieles de guanaco.

Creo que todavía es posible –con la continuidad de nuestros estudios– proponernos seguir identificando pequeños grupos para poder integrarlos en unidades mayores, funcionando de manera complementaria. Puedo decir, parafraseando a Moore (1987) que la fuerza de esta gran cantidad de grupos que habitaban la Pampa y la Patagonia no residía en su homogeneidad. Por el contrario, su poder político recaía en la dispersión a lo largo de la vasta extensión de Pampa y Patagonia, en su especialización productiva y económica y en sus especiales relaciones comerciales entre grupos vecinos, incluidos los blancos.

Por ahora es necesario continuar los análisis muy focalizados, rescatar los fragmentos de historia que podamos reconstruir, e ir completando las piezas de este puzzle que recién comienza a armarse pero, sospecho, mostrará finalmente un ajustado mecanismo de relojería.



Mapa 1: a) la zona grisada es el área delimitada para el análisis en base a la información proporcionada por fuentes de primera mano; b) las *identidades impuestas* y su ubicación en el área, según el resultado del análisis de esas fuentes.



Mapa 2: El área en estudio y los grupos que la habitaban según la Etnografía clásica.

BIBLIOGRAFIA

AGN: Archivo General de la Nación (Buenos Aires)

AGI: Archivo General de Indias (Sevilla)

BARTH, Fredrik (comp.)

1976 *Los grupos étnicos y sus fronteras*, Fondo de Cultura Económica, México.

CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto

1971 "Identidad étnica, identificación y manipulación". *América Indígena* XXXI (4): 923-953, Instituto Indigenista Interamericano, México.

CASAMIQUELA, Rodolfo

1965 "Rectificaciones y Ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente". *Cuadernos del Sur*, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.

1969 *Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente*, Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile.

1985 *Bosquejo de una etnología de la provincia de Río Negro*, Fundación Ameghino, Viedma.

COHEN, Abner

1974 "The Lesson of Ethnicity". En Cohen, A. (ed.), *Urban Ethnicity: IX-XXIV*, Tavistock, London.

COHEN, Ronald

1978 "Ethnicity: Problem and Focus in Anthropology", *Annual Review of Anthropology* 7: 379-403.

COX, Guillermo

1863 *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia*, Imprenta Nacional, Santiago de Chile.

- ESCALADA, Federico
1949 *El complejo "tehuelche"*, Coni, Buenos Aires.
- FALKNER, Tomás
[1774]1974 *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*, Hachette, Buenos Aires.
- FRIED, Morton H.
1971 "On the Concepts of 'Tribe' and 'Tribal Society'". En Helm, J. (ed.), *Essays on the Problem of Tribe*: 3-20, American Ethnological Society, Seattle/London.
- HARRINGTON, Tomás
1946 "Contribución al estudio del indio Günuna küne", *Revista del Museo de la Plata II Antropología* 14: 237-275, Instituto del Museo, La Plata.
- ISAJIW, Wsevolod W.
1974 "Definitions of Ethnicity", *Ethnicity* 1 (2): 111-124, Academic Press, New York/London.
- JULIANO, Dolores
1992 "Estrategias de elaboración de identidad", En Hidealgo, C. y L. Tamagno (comps.), *Etnicidad e identidad*: 50-63, CEAL, Buenos Aires.
- LEACOCK, Eleanor
1983 "Ethnohistorical Investigation of Egalitarian Politics in Eastern North America", En Tooker, E. (ed.), *The Development of Political Organization in Native North America*: 17-31, American Ethnological Society, Washington.
- MOORE, John H.
1987 *The Cheyenne Nation. A Social and Demographic History*, University of Nebraska Press, Lincoln/London.
- MORENO, Francisco
1876 *Viaje a la Patagonia Septentrional*, Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires.
1879 *Viaje a la Patagonia Austral, emprendido bajo los auspicios del Gobierno Nacional. 1876-1877*, Buenos Aires.

MUSTERS, George
[1869-70]1979 *Vida entre los Patagones*, Solar-Hachette, Buenos Aires.

NACUZZI Lidia R.
1996 *Los tehuelches del norte de la Patagonia*. Disertación Doctoral. Departamento de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

NAROLL, Raoul
1964 "On Ethnic Unit Classification", *Current Anthropology* 5 (4): 283-312.

PIEDRA, Juan de la
5-12-1778 Carta a Juan José de Vértiz. AGN. IX 16-3-1.

TRATADO

1790 Tratados que deberá observar con este Superior Gobierno el cacique Callfilqui... Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, I 29-10-47.

VÉRTIZ, Juan José de
3-12-1778 Carta a Juan de la Piedra. AGN. IX 16-3-1.
24-10-1780 Carta a José de Gálvez. AGI. Buenos Aires, 60.

VIEDMA, Francisco de
4-6-1779 Carta a Juan José de Vértiz. AGN. Biblioteca Nacional, 196.
12-10-1779 Carta a Juan José de Vértiz. Fuerte del Carmen en el río Negro. AGN. IX 16-3-2.
15-10-1779 Carta a Juan José de Vértiz. Fuerte de Nuestra Señora del Carmen en el Río Negro. AGN. IX 16-3-2.
[1780a]1938 "Razón de los acontecimientos más principales que han ocurrido [entre el 14-12-1778 y el 30-9-1780] en la expedición que bajo el comando de D. Juan de la Piedra ha salido del puerto de Montevideo..." *Revista de la Biblioteca Nacional* II (6): 364-384. Buenos Aires.
1780b Continuar del Diario de los acaecimientos y operaciones del nuevo Establecimiento del Río Negro en la costa patagónica desde 1° de octubre de este año hasta el día último de su fecha. AGI. Buenos Aires, 327.

- 7-3-1780 Carta a Juan José de Vértiz. Fuerte del Carmen en el Río Negro. AGN. IX 16-3-5.
- 2-10-1780 Carta a Juan José de Vértiz. Fuerte del Carmen en el Río Negro. AGN. IX 16-3-5.
- 1781] Diario de ... desde el 6 de abril hasta el 31 de diciembre. AGN. Biblioteca Nacional, 167.
- 12-1-1781 Carta a Juan José de Vértiz. Fuerte del Carmen. AGN. IX 16-3-6.
- 1-6-1782 Carta a Juan José de Vértiz. Fuerte del Carmen. AGN. IX 16-3-10.

VIGNATI, Milcíades A.

- 1936a “Las culturas indígenas de la Pampa”, En: *Historia de la Nación Argentina*. R. Levene ed., I: 549-590, Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires.
- 1936b “Las culturas indígenas de Patagonia”, En: *Historia de la Nación Argentina*. R. Levene ed., I: 591-645, Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires.
- s/f. “Etnografía y Arqueología. Usos, costumbres y cultura de los aborígenes de Buenos Aires, La Pampa y Patagonia: Período Colonial”, *Historia Argentina* 5, Plaza y Janés S. A., Buenos Aires

VILLARINO, Basilio

- 1779 Diario [desde el 8 de febrero hasta el 30 de junio] formado por mi D. ..., Piloto de la Real Armada y Capitán del Bergantín N. S. del Carmen en la comisión que tuve a la decubierta del río Colorado de orden del Comisario Superintendente y Comandante de la expedición Patagónica D. Juan de la Piedra. AGN. Biblioteca Nacional, 167.
- 1780 Diario de los reconocimientos del Río Colorado, Bahía de Todos los Santos, e internación del Río Negro hechos por el 2º Piloto de la Real Armada D. ... [desde abril 23 a mayo 27]. AGN. Biblioteca Nacional, 167.

ZIZUR, Pablo

- 1781 Diario desde la ciudad de Buenos Aires, hasta los Establecimientos Nuestros en la Costa Patagónica. AGN. IX 16-3-6.